

María Bonete Escoto

NO HAY TIERRA  
DONDE  
ENTERRARME



Colección Centella

*No hay tierra donde enterrarme*  
Primera edición: noviembre de 2019

Diseño de colección: Juan García  
Cubierta: Araceli Segura  
Maquetación: Sergi Puyol

© María Bonete Escoto, 2019  
Este libro está editado bajo licencia Creative  
Commons 4.0 CC-BY-SA-NC



Episkaia  
Plaza Luca de Tena, 5, 3ºB  
28045 Madrid  
episkaia.org  
episkaia@gmail.com

ISBN: 978-84-949223-3-6  
Depósito legal: M-36499-2019

Impresión: Estugraf  
Impreso en España / Printed in Spain

Este libro está impreso sobre papel Lenza  
Top Recycling, 100% reciclado, libre de cloro  
y con certificación FSC y Ecolabel.

*Dijiste que yo te había matado, ¡pues entonces, persígueme! Los asesinados persiguen a sus asesinos. No solo creo, sino que sé que hay fantasmas que vagan por el mundo. ¡Quédate siempre conmigo, adopta cualquier forma, vuélveme loco! ¡Pero no me dejes en este abismo donde no soy capaz de encontrarte!*

*Cumbres borrascosas, Emily Brontë*

— |

| —

— |

| —

## El primer día

Al norte está el pueblo. Solía ser una ciudad. En las noches claras, que son las menos, se distingue a lo lejos lo que queda de las ruinas de la vieja catedral. Al sur, al este, al oeste, se extienden los páramos, kilómetros de lodo y brezo carcomido por la lluvia. La tierra se traga gente, animales, vehículos abandonados, y luego el barro los regurgita, como regalos no deseados. Raíces retorcidas, viejos electrodomésticos; cadáveres antiguos y modernos se alzan del fango, barcos hundidos en el fondo del mar.

En el páramo, a la vista del pueblo, está el colegio. Solía ser otra cosa, pero nadie recuerda nada ya. El pasado del lugar está enterrado bajo varios metros de indiferencia y olvido, su historia escrita en un idioma que ya no se tiene interés en aprender. El edificio es una isla en un mar de cemento, resquebrajado, siempre vacío. Día y noche brillan luces en alguna de las ventanas, las nubes compañeras fieles, su ausencia extraña e infrecuente. Seis

invernaderos, alargados como ataúdes, flanquean el costado derecho del colegio. La luz tenue y gris de la tormenta se queda atrapada en el techado de plástico blanco, el único punto de claridad en kilómetros de barro negro, y relucen a lo lejos como las velas de un navío varado en el fin del mundo. En los invernaderos, hileras de cultivos hidropónicos son mimadas por un equipo de operarias especializadas. Lo que sobra, que no es mucho, es vendido en el pueblo. Dos veces al mes una furgoneta eléctrica recorre la vieja carretera que une este con el colegio, sus ruedas chirriando sobre los charcos y el asfalto empapado. Hay veces que llueve demasiado, y el agua crece, y se come el camino; normalmente la furgoneta hace el viaje igual. A mitad de trayecto, entre el colegio y el pueblo, aún se ve lo que queda de su predecesora. Una espalda blanca y metálica, que sobresale del barro cual Moby Dick de secano. De la conductora no queda nada: se la comió el páramo.

El colegio tiene cuarenta alumnas internas. La mayor acaba de cumplir dieciocho años, y la más pequeña solo tiene cinco. La mayoría son huérfanas, o casi: algunas tienen un padre o una madre, ausentes, en la guerra o en la ciudad o en las colonias. Las menos reciben de vez en cuando una carta o un paquete lleno de regalos, o disfrutan de la posibilidad de mantener una conversación breve a través de una pantalla, incómoda e interrumpida.

El resto viven sus días encerradas entre esas cuatro paredes, el mundo exterior algo ya olvidado. Todas las noches, las mayores escuchan la radio en la sala de estudio hasta la hora de dormir mientras hacen los deberes. Si les preguntaras, la mayoría podría explicarte perfectamente cuándo y dónde y por qué ha sido el último atentado, cómo va la guerra, la previsión del tiempo: pero te lo contarían como quien te explica el argumento de una novela. Aisladas como están, en su microclima de silencios y polvo y frío y humedades, el mundo real se les antoja solo un cuento, desagradable y poco interesante. Casi todas llevan en el colegio años y años; en sus cabezas, los rostros de las profesoras, de las cocineras, han acabado por sustituir a los de sus padres. Para ellas, el futuro es como otro país al que se habrán de trasladar en algún momento, en contra de su voluntad. Inevitable, sí, pero lejano y poco familiar y desagradable.

Llueve. Al otro lado de las ventanas silba el viento, y, de vez en cuando, el sonido del plástico de los invernaderos atraviesa los cristales. La locutora narra las noticias, sus palabras llenando la oscuridad de los rincones que escapan al resplandor dorado de las lámparas. Las adolescentes están sentadas en torno a la alargada mesa que preside la sala de estudio, acurrucadas en alguno de los sillones de las esquinas. Algunas hablan en voz queda, pero la voz sin cuerpo de la radio domina la habitación.